

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Beatrix Potter

El cuento de Peter Rabbit



Había una vez cuatro pequeños conejos, y sus nombres eran... Flopsy, Mopsy, Cola de algodón, y Peter.

Vivían con su madre en un banco de arena, bajo la raíz de un gran pino.



“Ahora, mis amores”, dijo la señora Conejo una mañana, ‘pueden ir al campo o al sendero, pero no entren en el jardín del señor McGregor: su padre tuvo un accidente allí; la señora McGregor lo metió en un pastel’.



Ahora salgan, y no se metan en líos. Voy a salir".



Luego la señora Conejo cogió una cesta, su paraguas, y atravesó el bosque hasta llegar a la panadería. Compró una barra de pan negro y cinco bollos de grosella.



Flopsy, Mopsy y Cola de algodón, que eran buenos conejitos, bajaron al sendero a recoger moras:



Pero Peter, que era muy travieso, corrió directamente al jardín del Sr. McGregor y se coló por debajo de la puerta.



Primero comió unas lechugas y unas judías francesas; después unos rábanos;



Y luego, sintiéndose bastante mal, fue a buscar un poco de perejil.



Pero al final del marco de un pepino, ¡a quién iba a encontrar sino al Sr. McGregor!



El Sr. McGregor estaba de rodillas plantando coles jóvenes, pero se levantó de un salto y corrió tras Peter, agitando un rastrillo y gritando: "¡Detengan al ladrón!".



Peter se asustó muchísimo; corrió por todo el jardín, pues había olvidado el camino de vuelta a la puerta.

Perdió uno de sus zapatos entre las coles, y el otro zapato entre las patatas.



Después de perderlos, corrió a cuatro patas y fue más rápido, pudo haber escapado del todo, pero por desgracia, tropezó con una red de grosellas y quedó atrapado por los grandes botones de su chaqueta. Era una chaqueta azul con botones de latón, bastante nueva.



Peter se dio por vencido y derramó grandes lágrimas; pero sus sollozos fueron escuchados por unos simpáticos gorriones, que volaron hacia él muy emocionados y le pidieron que se esforzara un poco más.



El Sr. McGregor se acercó con un colador, que pretendía hacer estallar sobre Peter; pero éste se escabulló justo a tiempo, dejando su chaqueta tras de sí.



Y se apresuró a entrar en el cobertizo de las herramientas y se metió en una lata. Hubiese sido un cosa gran escondite, si no hubiese tenido tanta agua.



El Sr. McGregor estaba seguro de que Peter estaba en algún lugar del cobertizo de las herramientas, quizás escondido debajo de una maceta. Empezó a darles la vuelta con cuidado, mirando debajo de cada una.

En seguida, Peter estornudó: "¡Achís!" Y el Sr. McGregor fue tras él enseguida.



Trató de ponerle el pie encima a Peter, que saltó por la ventana, moviendo tres plantas. La ventana era demasiado pequeña para el Sr. McGregor, y se cansó de correr tras Peter. Luego de eso volvió a su trabajo.



Peter se sentó a descansar; estaba sin aliento, temblando de miedo, y no tenía la menor idea de qué camino tomar. Además, estaba muy mojado por estar sentado en aquella lata.

Al cabo de un rato, empezó a deambular, yendo de un lado a otro, no muy rápido, y mirando a su alrededor.



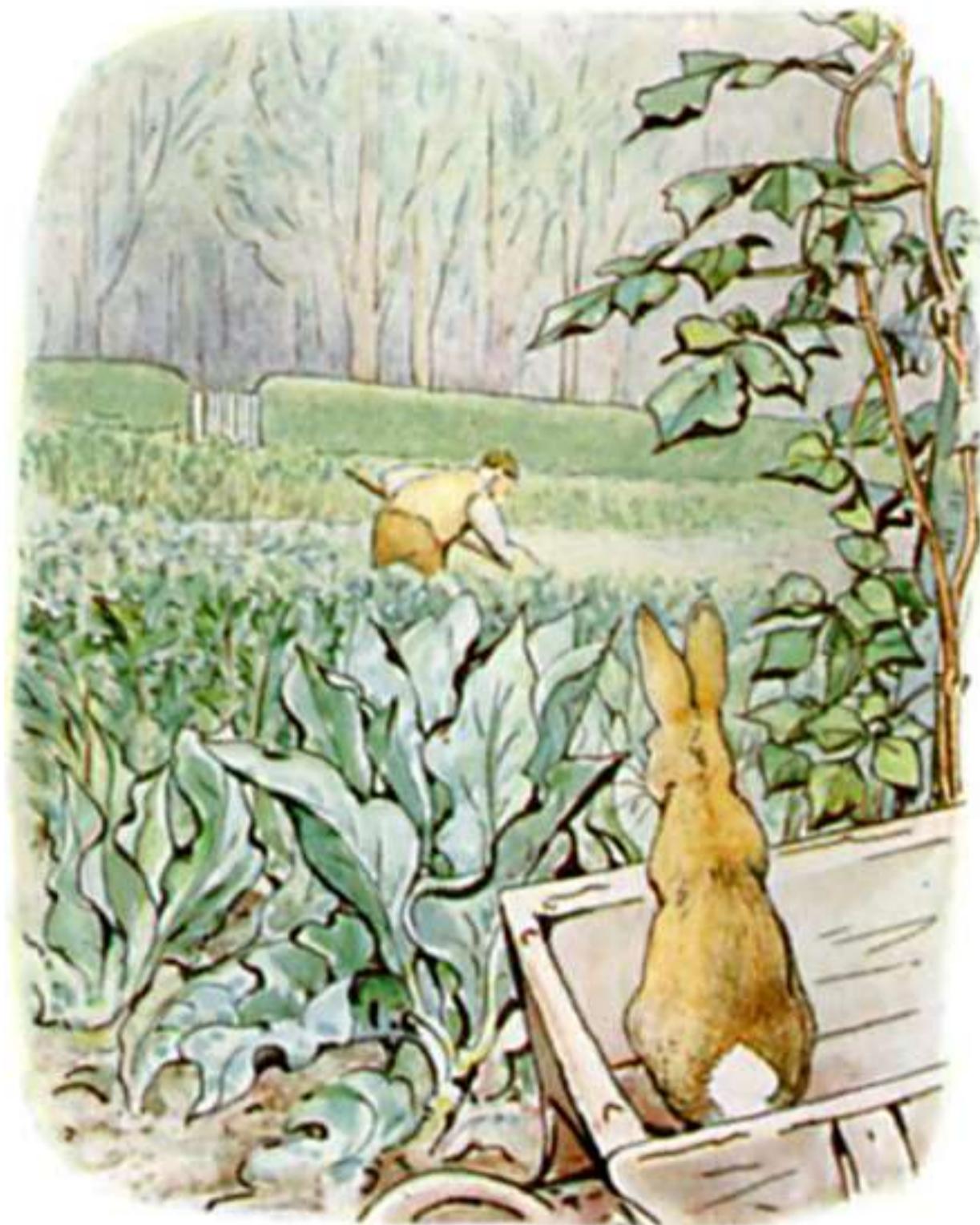
Encontró una puerta en una pared, pero estaba cerrada con llave y no había espacio para que un conejito gordo se colara por debajo. Vio a una vieja rata que entraba y salía por el umbral de piedra, llevando guisantes y judías a su familia en el bosque. Peter le preguntó el camino hacia la puerta, pero ella tenía un guisante tan grande en la boca que no pudo responder. Se limitó a negar con la cabeza. Peter se puso a llorar.



Luego trató de encontrar el camino recto a través del jardín, pero cada vez estaba más desconcertado. Al final, llegó a un estanque donde el Sr. McGregor llenaba sus latas de agua. Una gata blanca miraba fijamente a unos peces dorados, estaba muy, muy tranquila, pero de vez en cuando la punta de su cola se movía como si estuviera viva. Peter pensó que era mejor marcharse sin hablar con ella; había oído hablar de los gatos a su primo, el pequeño Benjamin Bunny.



Volvió hacia el cobertizo de las herramientas, pero de repente, muy cerca de él, oyó el ruido de un arañazo tras arañazo y arañazo. Peter se escabulló bajo los arbustos. Pero en seguida, como no pasó nada, salió, se subió a una carretilla y se asomó a ver lo que pasaba. Primero vio al Sr. McGregor escardando cebollas. Estaba de espaldas a Peter, y más allá estaba la puerta.



Peter se bajó tranquilamente de la carretilla y empezó a correr lo más rápido posible por un camino recto detrás de unos arbustos de grosellas negras.

El Sr. McGregor lo vio en la esquina, pero a Peter no le importó. Se escabulló por debajo de la reja y se puso a salvo al fin en el bosque, fuera del jardín.



El Sr. McGregor colgó la chaquetita y los zapatos de un espantapájaros para asustar a los mirlos.

Peter no dejó de correr ni miró detrás de él hasta que llegó a casa, al gran pino.



Estaba tan cansado que se tumbó en la suave arena del suelo de la conejera y cerró los ojos. Su madre estaba ocupada cocinando; se preguntaba qué había hecho con su ropa. Era la segunda chaquetita y el segundo par de zapatos que Peter perdía en quince días.



Lamento decir que Peter no estuvo muy bien durante la noche.

Su madre lo acostó y preparó una infusión de manzanilla; ¡y le dio un poco a Peter!

'Una cucharada a la hora de acostarse'.



Pero Flopsy, Mopsy y Cola de Algodón tenían pan y leche y moras para cenar.

